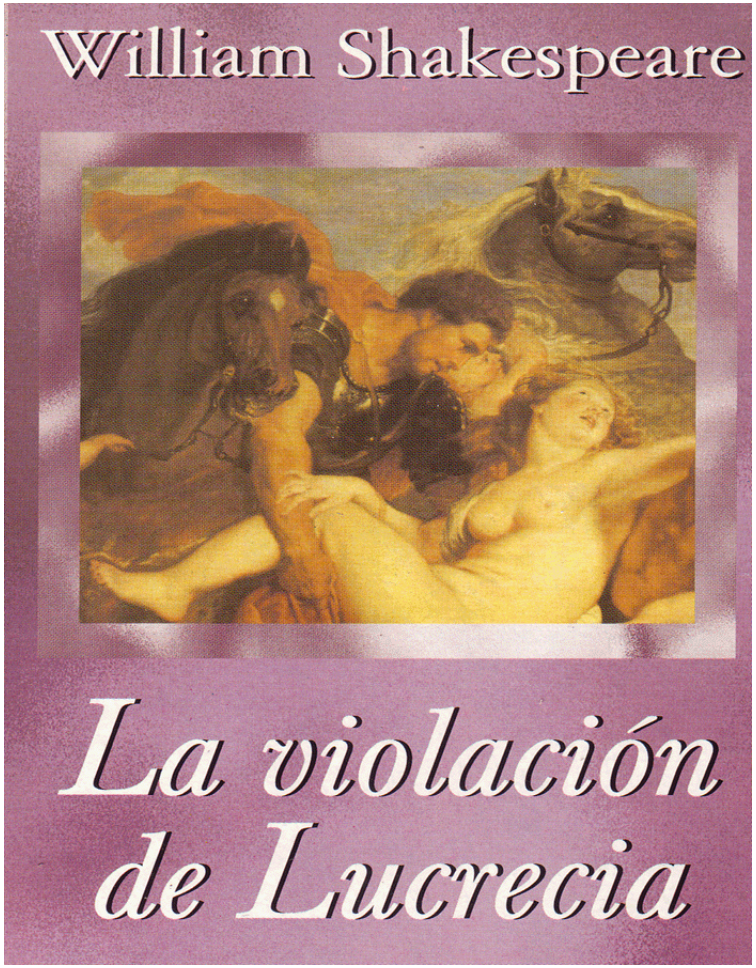
William Shakespeare

LA VIOLACION DE LUCRECIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Desde la sitiada villa de Ardea, a toda prisa
conducido por las pérfidas alas de un infame deseo, el
impúdico Tarquino abandona el ejército romano y
lleva hacia Colatio el fuego sin luces
que, oculto bajo pálidas cenizas, acecha el momento de lanzarse
y ceñir con ardientes llamas la cintura
del dulce amor de Colatino, la casta Lucrecia.

Quizás este renombre de «casta» infelizmente aguzó el
no embotado filo de su vehemente deseo,
cuando Colatino, imprudentemente, no dejó de
alabar la incomparable mezcla de rosa y blanco
que triunfalmente fulgía en aquel firmamento de su felicidad
donde luces mortales, tan brillantes como las bellezas del cielo,
para él solo reservaban, en sus puros aspectos, peculiares, encantos.
Porque había sido él mismo, en la tienda de Tarquino, la noche anterior,
quien había descubierto el tesoro de su feliz estado, la incalculable riqueza que le habían concedido los cielos
al poseer a su bella consorte
cotizando su fortuna a precio tan elevado
que podían los reyes desposarse con más glorias pero
ni el rey ni par con dama tan sin par.
¡Oh, dicha gozada por pocos,
y que, apenas es poseída, se evapora y termina como el
plateado rocío de la mañana que se funde ante el
dorado resplandor del sol!
¡Plazo que expira, cancelado antes de haber comenzado! El
honor y la belleza, en los brazos de su poseedor, tienen
débiles defensas contra un mundo de perfidias.

La belleza resalta por sí misma
a los ojos de los hombres, sin orador:
¿qué necesidad hay de hacer la apología
de lo que es tan singular?
¿Por qué el mismo Colatino publica
su posesión de esta joya, que debió mantener protegida de los oídos de los ladrones por ser su más preciado bien?

Tal vez su alarde de la soberana gracia de Lucrecia sugestionó a este arrogante primogénito de un rey, pues por nuestros oídos son tentados con frecuencia
nuestros corazones.
Tal vez fue la envidia de una prenda tan valiosa, que desafiaba toda ponderación, lo que picó sus altaneros pensamientos: el hecho de que los
subordinados alardearan
de un lote dorado que sus superiores deseaban para sí
mismos.

Sea lo que fuere, algún temerario pensamiento instigó su temeraria prisa, y sin considerar
su honor, sus asuntos, sus amigos, su linaje, olvidándolo todo, rápidamente se aleja con la intención de apagar la brasa que arde en su hígado.
¡Oh, vivo ardor falso, envuelto en helado
arrepentimiento,
tu prematura primavera se marchita y nunca envejece!

Cuando este pérfido señor llegó a Colatio,
fue bien recibido por la dama romana
en cuyo rostro la belleza y la virtud luchaban
a cuál de las dos sostendría mejor su reputación; cuando la virtud se ensalzaba, la belleza enrojecía de vergüenza;
cuando la belleza se jactaba de su pudoroso rubor, por
despecho
trataba de borrarlo la virtud con una plateada palidez.

Pero la belleza, que recibe su blancura
de las palomas de Venus, acepta tan bello combate: entonces la virtud reclama a la belleza el carmín de la belleza,
que la virtud prestó a las gentes de la edad de oro para realzar
sus mejillas de plata, que les servirían de escudo,
enseñándoles a usarlo en el combate
para que, cuando la vergüenza atacara, el rubor
defendiera a la palidez.
Este blasón veíase en el rostro de Lucrecia,
mostrado a un tiempo por el rojo de la belleza y el
blanco de la virtud;
ambas, reinas de sus colores respectivos,
podían probar su derecho desde el comienzo del mundo: sin embargo, su ambición las instiga aún a combatir; la soberanía de cada una es tan grandiosa,
que frecuentemente intercambian sus tronos.

Esta callada guerra de lirios y rosas
Tarquino contempla sobre el bello campo del rostro de
ella:
en aquellas castas filas sus traidores ojos se posan; allí,
entre ambos contendientes, teme morir.
Vencido y cautivo, el cobarde cede
ante los dos ejércitos, que lo dejarían partir
antes que triunfar sobre un enemigo tan falso.

Ahora piensa que la elocuencia superficial de su esposo, el avaro pródigo que la ensalzó,
en aquel gran esfuerzo ha perjudicado su hermosura pues ésta excede en mucho sus estériles medios: así a las alabanzas de Colatino
responde el hechizado Tarquino con el pensamiento, en el mundo asombro de sus ojos que no dejan de contemplar.

Esta santa terrestre, adorada por este demonio,

sospecha poco de su falaz adorador,
pues los pensamientos limpios raras veces sueñan el mal; los pájaros que nunca han sido enviscados no temen ocultos arbustos:
así, inocente y confiadamente, ella da una amable recepción
y respetuosa acogida a su principesco huésped,
cuya maldad interior no expresa exteriormente malignidad alguna:
porque, encubriéndose en su elevada estirpe,
ocultaba sus bajos propósitos entre pliegues de majestuosidad;
nada en él revelaba desorden,
a no ser, algunas veces, la excesiva admiración de su mirada,
la cual, abrazándolo todo, todo lo dejaba sin satisfacer,
pues, pobre en su riqueza, carece de tantas cosas en su abundancia
que, hastiado de mucho, aspira siempre a más.

Pero ella, que nunca compitió con los ojos de un extraño,
no pudo hallar sentido alguno en sus expresivas miradas ni leer los secretos sutilmente transparentes
escritos en los márgenes de cristal de semejantes libros. No habiendo hecho uso de alicientes desconocidos no temía los anzuelos;
así, no podía interpretar su lasciva mirada,
todo lo que veía era que sus ojos se abrían a la luz.

El narra a sus oídos la fama adquirida por su esposo en las llanuras de la fértil Italia,
y cubre de alabanzas el alto nombre de Colatino,
ilustrado con su valerosa caballería
sus melladas armas y coronas de triunfo.

Ella expresa su alegría elevando las manos
y, sin palabras, agradece al cielo los triunfos de su esposo.

Con pretextos alejados de los fines que le han traído,
Tarquino presenta sus excusas por su llegada a Colatio.
Ningún nuboso indicio de un tiempo de violentas tempestades
aparece una sola vez en su bello cielo,
hasta que la negra Noche, madre de la inquietud y del terror,
extiende sobre el mundo sus oscuras tinieblas
y en su prisión cavernosa esconde al día.
Porque entonces Tarquino se hace conducir a su lecho
simulando cansancio y fatiga de ánimo,
pues después de la cena ha conversado largamente con la casta Lucrecia, y así ha dejado pasar la noche. Ahora el sueño de plomo lucha con las fuerzas de la vida,
y todos se entregan al descanso,
excepto los ladrones, los desventurados, y las mentes turbulentas, que permanecen despiertos.
Semejante a uno de ellos, Tarquino yace, meditando los diversos peligros que ha de afrontar para obtener lo que desea.
Su voluntad resuelve conseguir su deseo
por más que sus esperanzas, de débiles fundamentos, le aconsejan abstenerse.
Con frecuencia se recurre a la desesperación para lograr el éxito,
y cuando un gran tesoro es el premio que se espera, aunque implique la muerte
en la muerte no se repara.

Aquellos que mucho codician se muestran tan ansiosos por

adquirir,
que por lo que no tienen

disipan y pierden lo seguro que poseen;
y así, por aguardar lo más, alcanzan, al fin, lo menos. O
si ganan algo, el fruto del esfuerzo
es tan escaso y tan lleno de inquietudes,
que se ven en bancarrota por la pobre riqueza de su ganancia.

La aspiración de todos es mantener la vida
con honor, bienestar y dicha, en la edad del descenso;
y para lograr este fin es preciso una lucha tan llena de obstáculos,
que exponemos un bien por todos, o todos los bienes por uno,
como la vida por el honor en la furia de las crueles batallas;
el honor por la riqueza, y a menudo esta riqueza entraña
la muerte de todos, y todo a la vez se pierde.

Así, exponiéndonos a todo, abandonamos
las cosas que poseemos por las que esperamos,
y esta odiosa fiebre de la ambición
nos atormenta con la mezquindad
de lo que poseemos; de suerte que olvidamos
nuestro bien personal y, por la falta de razón,
reducimos a nada algunas cosas por quererlas acrecentar.

Un azar semejante va a correr ahora el insensato Tarquino
al empeñar su honor por obtener el objeto de su lujuria; es
preciso que se pierda a sí propio para que se satisfaga.
¿Dónde encontrará la verdad, si no tiene confianza en sí mismo?
¿Cómo esperará encontrar un extraño justo,
cuando él mismo se destruye, entregándose
a las lenguas calumniadoras y a los días odiosos y desastrosos?

Ahora el tiempo ha robado la mortecina noche,
donde un sueño pesado cierra los ojos mortales.
Ninguna confortable estrella presta su luz.
Ningún ruido se oye, aparte de los gritos de fúnebres presagios de búhos y lobos.
He aquí el momento oportuno para sorprender
a los inocentes corderos. Los pensamientos puros están dormidos y tranquilos,
mientras la lujuria y el asesinato velan para mancillar y matar.

Y ahora el lujurioso príncipe salta de su lecho,
echándose bruscamente el manto sobre el brazo
y se agita febril entre el deseo y el temor.
El uno le halaga dulcemente; el otro le hace temer el mal;
pero el honesto temor, embrujado por los encantos impuros de la lujuria,
no le instiga con demasiada frecuencia a que se retire,
batido por la violencia del deseo insensato.

Golpea quedamente con su espada un pedernal para
hacer salir chispas de fuego a la fría piedra, con lo
que enciende una antorcha de cera,
la cual hará de estrella polar a sus ojos lascivos; y
dice así deliberadamente a la llama:
«Como he forzado esta fría piedra a darme su fuego
así forzaré a Lucrecia a ceder a mi deseo.»

Aquí, pálido de temor, premedita
los peligros de su detestable empresa,
y discute en su fuero interno las desgracias sucesivas que
puede acarrear su acción.

Después, arrojando el desdén de sus ojos, desprecia la
indefensa armadura de su lujuria carnicera,
y censura así con justicia a sus injustos pensamientos:

«¡Brillante antorcha, extingue tu luz y no la prestes para
ennegrecer a aquélla cuya luz excede a la tuya! ¡Y morid,
pensamientos sacrílegos, antes de manchar con vuestra
impureza lo que es divino!
¡Ofreced puro incienso en tan puro santuario,
y dejad que la noble humanidad aborrezca una acción que
mancha y empaña la modesta vestidura, nívea, del
amor!

¡Oh vergüenza para la caballería y las brillantes armas! ¡Oh
innoble deshonor para la tumba de mi familia! ¡Oh acto
impío que encierra horribles daños!
¡Un hombre marcial, esclavo de una tierna pasión! El
verdadero valor debiera estar siempre unido al
verdadero respeto.
Mi transgresión es tan vil, tan baja,
que vivirá grabada en mi rostro.

¡Sí, aunque muera, el escándalo ha de sobrevivirme y
será lo que hiera la vista de mi cota dorada! El heraldo
inventará alguna barra degradante para atestiguar el
exceso de mi delirio; y mis descendientes, avergonzados
de este acto, maldecirán mis huesos y no caerán en
pecado al desear que yo, su padre, no hubiera existido.

¿Qué gano si obtengo lo que busco?
Un sueño, un soplo, la espuma de un goce furtivo.
¿Quién compara la alegría de un minuto por los llantos de
una semana?
¿Quién vende la eternidad para conseguir un juguete? Por
un dulce racimo, ¿quién destruye una viña? O ¿qué loco
pordiosero, únicamente por tocar la
corona,
se expondría a ser aplastado por el cetro?

Si Colatino ve en sueños mi intención,
¿no se despertará y en una rabia desesperada
correrá aquí a prevenir este vil propósito,
este asedio que cerca su matrimonio,
este borrón para la mocedad, este percance para la
cordura,
esta moribunda virtud, este superviviente deshonor, cuyo
crimen arrastrará una deshonra eterna?

¡Oh! ¿Qué excusa podrá hallar mi imaginación
cuando me acuses de un acto tan negro?
¿No enmudecerá mi lengua? ¿No temblarán mis frágiles
articulaciones?
Mis ojos, ¿no olvidarán su luz? ¿No sangrará mi falso
corazón?
Cuando la culpa es grande, el miedo aún la excede, y
el temor extremado no puede ni luchar ni huir,
sino que, como un cobarde, con un estremecimiento de
terror muere.

Si Colatino hubiera matado a mi hijo a mi padre; o
tendido emboscadas para quitarme la vida; o si no
fuera mi querido amigo, este deseo
de ultrajar a su esposa podría tener una excusa
en la venganza, o en la represalia por tales ofensas.
Pero como es mi pariente, mi apreciado amigo,
la vergüenza y la falta no encuentran disculpa ni fin.

Es vergonzoso; ay, si el hecho llega a conocerse,
es abominable... Pero no hay odio en el amar:
imploraré su amor; pero ella no se pertenece;

lo peor sería en todo caso una negativa, reproches...
Mi voluntad es fuerte, la razón es débil para rechazarla. El
que teme una sentencia, o el refrán de un anciano, se
dejará intimidar por una figura de tapiz.

Así, irreprensiblemente, él mantiene la disputa
entre la fría conciencia y la ardiente pasión, hasta
que se despide de los buenos pensamientos
y estimula en su provecho los pensamientos peores,
los cuales en un momento confunden y aniquilan
todos los impulsos honestos, y va tan adelante, que lo
que es vil aparece como una virtuosa acción.

Y dice para sí mismo: «Ella me ha tomado
afectuosamente de la mano
y ha mirado en mis vehementes ojos, buscando en ellos
noticias,
temiendo alguna desastrosa nueva de la facción guerrera en
que milita su adorado Colatino.
¡Oh, cómo su miedo hizo alzar sus colores!
Primero el rojo, como las rosas que arrojamos sobre el
lino;
enseguida el blanco, como el lino cuando hemos
quitado las rosas.

Y ¡cómo su mano, en la mía encerrada,
obligó a la mía a temblar con el mismo temor de la
suya!
Esto la entristeció, y más estrechamente cerró mi mano,
hasta que se enteró del buen estado de su esposo. Entonces
sonrió con una sonrisa tan dulce y alegre, que, si Narciso la
hubiera contemplado tal como estaba, el amor a sí mismo no
le hubiera impulsado nunca a
sumergirse en la fuente.

¿Por qué, pues, voy a la caza de pretextos o excusas?
Todos los oradores son mudos cuando litiga la belleza. A
los pobres desgraciados les remuerden sus pobres
faltas.
El amor no prospera en los corazones que temen las
sombras.
La pasión es mi capitán, y él me conduce;
y cuando está desplegado su alegre estandarte,
hasta el cobarde lucha y no se deja vencer.

¡Fuera, pues, pueril miedo! ¡Muere, vacilación!
¡Respeto y razón, escoltad a la arrugada edad!
Mi corazón no desmentirá nunca a mis ojos:
las tranquilas pausas y las profundas consideraciones
convienen al sabio;
yo represento el papel de la juventud que las arroja de la
escena;
el deseo es mi piloto; la hermosura, mi premio.
¿Quién teme, pues, hundirse donde se halla semejante
tesoro?»

Como el trigo, ahogado por el crecimiento de las
hierbas, así la cautelosa inquietud
se ve casi sofocada por la irresistible lujuria. Muera se
desliza el príncipe con el oído abierto a la escucha
lleno de vergonzosa esperanza y lleno de un recelo
febril;
ambos como servidores de la injusticia
le turban con sus contrarias persuasiones, que
ora proyecta una liga, ora una invasión.

Dentro de su pensamiento, la divina imagen de ella se
sienta
y en el mismo trono se sienta Colatino.
Aquel de sus ojos que la mira, confunde todo su ser; el

ojo que detiene al guerrero como el más divino, que no
se inclina a contemplación tan pérfida, trata de llamar
virtuosamente al corazón, el cual, ya corrompido,
adopta el partido peor.

Y entonces estimula en su interior a sus poderes
serviles,
los cuales, halagados por la jocunda apariencia de su jefe,
llenan su lujuria como los minutos llenan las horas; y la
audacia que su capitán les inspira crece, haciéndoles pagar un
homenaje más servil del que
deben.
Conducido así locamente por un deseo réprobo, va
el príncipe romano hacia el lecho de Lucrecia.

Los cerrojos que se interponen entre la alcoba de ella y su
deseo,
cada uno por él forzados, retiran su protección;
pero, al abrirse, califican su fechoría
con su rechinamiento, reproche que obliga al ladrón a
cierta reflexión:
los umbrales hacen chirriar las puertas para advertir su
acercamiento;
las comadrejas nocturnas chillan al verle allí
y lo asustan, pero él, no obstante, persuade a su propio
miedo.
Conforme cada una de estas puertas tenaces le franquea la
entrada,
a través de las pequeñas venteaduras y de las rendijas de la
residencia,
el viento lucha con su antorcha para detenerle
y le sopla el humo a la cara
extinguiendo la claridad que le guía;
pero su ardiente corazón, abrasado de locos deseos,
exhala un soplo contrario, que aviva la antorcha.

Y, reanimada la luz, descubre
un guante de Lucrecia donde ha quedado prendida su
aguja.
Lo recoge de la estera de juncos, donde lo ve
abandonado;
y al tomarlo, la aguja le pincha un dedo,
como para decirle: «Este guante no está acostumbrado a
juegos lascivos;
vuelve atrás a toda prisa;
ya ves que los ornamentos de nuestra señora son
castos.»

Pero todos estos frágiles obstáculos no logran detenerle; él
interpreta su repulsa en el peor sentido:
las puertas, el viento, el guante que le retardan, los
toma como accidentes de prueba,
o como esos resortes que regulan a cada hora el cuadrante y
retardan su movimiento al medir su marcha,
hasta que cada minuto ha pagado a la hora su deuda.

¡Bah, bah! dice mentalmente, estos obstáculos se
presentan en mi aventura
como esas pequeñas heladas que amenazan de vez en
cuando la primavera
para añadir mayor encanto a los primeros hermosos
días
y ofrecer a los ateridos pájaros más razones para cantar. La
fatiga paga el interés de toda prenda valiosa.
Las rocas enormes, los fuertes vendavales, los osados
piratas, los escollos y bancos de arena
constituyen los terrores del mercader antes de
desembarcar en su patria enriquecido.
Ya ha llegado a la puerta de la alcoba
que le cierra el cielo de sus pensamientos.
Un cerrojo que con facilidad puede ceder, y nada más, es
lo que le separa del objeto bendito que busca. La

impiedad ha extraviado hasta tal punto su alma, que para
obtener su presa comienza a rezar,
como si el cielo pudiera proteger su crimen.
Pero, en medio de su infructuosa plegaria,
después de haber solicitado del poder eterno
que otorgue esta honrada belleza a sus impudicias
criminales,
y que en tal momento le sean los hados propicios,
a este punto se detiene, y exclama: ¡Fuerza será que la
desflore!
Los poderes a los cuales invoco repudian el hecho.
¿Cómo, pues, pueden protegerme en este acto?
Sean, entonces, mis dioses y guías el Amor y la Fortuna. Mi
voluntad se apoya en la resolución.
Los pensamientos no son más que sueños hasta que se
prueban sus efectos.
El pecado más negro se limpia con la absolución.
El hielo del temor se derrite ante el fuego del amor. Los
ojos del cielo están cerrados, y la noche tenebrosa cubre
la vergüenza que sigue al dulce deleite.
Dicho esto, su mano culpable hace saltar el pestillo, y con
su rodilla abre de par en par la puerta.
La paloma que atrapará este búho nocturno duerme
profundamente,
Así obra la traición, antes que los traidores sean
descubiertos.
El que descubre la escondida serpiente se aparta a un lado;
pero ella, que duerme profundamente y no teme nada semej
ante,
yace a merced de su mortal punzada.

Dentro de la alcoba se precipita
y contempla su lecho aún inmaculado.
Corridas las cortinas, ronda a su alrededor,
y sus ojos llenos de apetito giran en sus órbitas; su
corazón está alucinado por su enorme traición, que da
enseguida a su mano la voz de orden
para apartar la nube que esconde la plateada luna.

¡Ved! Como el reluciente sol de rayos de fuego, cuando
se precipita fuera de una nube, deslumbra nuestra
vista,
así, una vez corridas las cortinas, sus ojos comienzan a
parpadear cegados por una mayor luz.
Puede ser el brillante resplandor de Lucrecia
lo que los ofusca, o algún aparente resto de pudor,
la verdad es que permanecen cerrados, y al abrirlos se
nublan.

¡Oh! ¡Si hubieran quedado muertos en su oscura
prisión!
Habrían visto entonces el fin de su maldad,
y Colatino hubiera podido aún reposar al lado de
Lucrecia
tranquilo en este su honorable lecho.
Pero es preciso que se abran para matar esa unión
bendita;
y la Lucrecia de santas intenciones tiene que abandonar, a la
vista de ellos,
su alegría, su vida y su deleite del mundo.

Su mano de lirio descansa bajo su mejilla de rosa,
frustrando un legítimo beso a la almohada,
que, colérica, parece dividirse en dos,
inflándose de enojo por ambos lados por carecer de su
gloria.
En medio de estas dos colinas, yace sepultada su cabeza y
así se ofrece, semejante a una virtuosa estatua, para ser
admirada por los ojos libertinos y profanos de
Tarquino.

Fuera del lecho, su otra hermosa mano posábase
sobre la verde colcha; su perfecta blancura,
se mostraba como una margarita de abril sobre el césped,
con sudor de perla semejante al rocío de la noche. Sus
ojos, igual que caléndulas, habían cerrado su luz y
engastados en sombras dulcemente reposaban, hasta que
pudiera abrirse para adornar el día.

Sus cabellos, como hilos dorados, jugaban con su aliento.
¡Oh castidad voluptuosa! ¡Voluptuosidad casta!
Lucían el triunfo de la vida en el mapa de la muerte,
y el aspecto sombrío de la muerte en el eclipse de la vida.
Cada una era en su sueño tan hermosa
como si entre ellas no existiera ningún combate,
sino dijérase que la vida vivía en la muerte y la muerte en la vida.

Sus senos, como globos de marfil rodeados de azul,
pareja de mundos vírgenes aún sin conquistar,
no conocían otro yugo sino el que les hacía llevar su señor,
y a él le eran fieles bajo la fe del juramento. Estos mundos engendran en Tarquino una nueva ambición,
y, como usurpador criminal, viene
a derrotar de este hermoso trono a su propietario.

¿Qué podía mirar sin sentir una viva admiración?
¿En qué podía reparar que no codiciase con toda la fuerza de su deseo?
Cuanto contempla le hace delirar,
y su mirada ansiosa se ceba en sus ansias.
Con más que admiración él admira
las azules venas, el cutis de alabastro,
sus labios de coral y los hoyuelos de su mentón, blanco como la nieve.

Como el feroz león, que juguetea con su presa
cuando la aspereza del hambre se aplaca por la conquista,
así Tarquino goza ante esta alma dormida,
la furia de su deseo queda amortiguada por la contemplación;
contenida, mas no suprimida, porque estando a su lado, sus
ojos, que han restringido esta rebelión,
excitan sus venas a un mayor tumulto.

Y ellas, como esclavos vagabundos que luchan por el pillaje,
vasallos curtidos por crueles proezas,
que se deleitan en sangrientas muertes y en la violación, no
respetando lágrimas de niños ni lamentos de madres, se
hinchan en su orgullo a la espera del ataque: su palpitante
corazón da la señal de alarma
para la fogosa embestida y les ordena actuar con cautela.

Su corazón tamborileante ilumina sus ardientes ojos, sus
ojos comandan la dirección a su mano;
su mano, como orgullosa de esta dignidad,
humeante de orgullo se dirige a tomar su puesto en el desnudo pecho de Lucrecia, centro de todo su territorio;
mientras la mano va escalando las filas de venas azules del seno,
éstas abandonan sus redondas torrecillas, dejándolas desamparadas y pálidas.

Estas se dirigen en tropel al tranquilo gabinete

donde reposa su dueña y querida soberana,
le comunican que está peligrosamente asediada y
la atemorizan con la confusión de sus gritos:
ella, muy asombrada, abre bruscamente sus cerrados
ojos,
los cuales, al asomarse para apreciar el tumulto, quedan
deslumbrados y dominados por la humeante antorcha.

Imaginaos a Lucrecia, que, en lo más profundo de la
noche,
despertada de un pesado sueño por una temible visión,
cree haber contemplado un lúgubre fantasma
cuyo horrendo aspecto le hace temblar todos los
miembros.
¡Qué terror, éste! Pero ella se encuentra en peores
condiciones,
pues, salida del sueño, claramente distingue
la aparición que vuelve realidad su imaginario terror.

Confundida y envuelta en mis temores,
como un pájaro de muerte yace temblando;
no se atreve a mirar; sin embargo, en su parpadeo
aparecen
ante sus ojos terribles espectros que pasan rápidamente: tales
visiones son imposturas del cerebro debilitado que, furioso al
ver que los ojos esquivan la luz, los espantan en las tinieblas
con visiones más temibles.

La mano de él, que aún yace sobre el seno de ella,
¡rudo ariete para golpear semejante muralla de marfil!, puede
sentir su corazón, ¡pobre ciudadano!, acongojado, que,
hiriéndose de muerte, se levanta y cae,
golpeando el bulto que saquea esta mano.
Ello le mueve a mayor rabia y menor piedad,
para abrir la brecha y entrar en esta dulce ciudad.

Primero, como una trompeta, su lengua comienza
a hablar en son de parlamento a su tímida enemiga, la
cual, por encima de la blanca sábana asoma su
mentón más blanco aún
para conocer la razón de este temerario ataque que él se
esfuerza por explicarle con mudos gestos; pero ella, con
vehementes súplicas, insiste siempre en
saber
bajo qué color comete este daño.

A esto él replica: «El color de tu cara,
que aún de cólera hace palidecer el lirio
y enrojecer a la rosa purpúrea ante su propia vergüenza, ella
abogará por mí y te dirá la historia de mi amor; bajo ese color
he venido a escalar
tu fortaleza nunca conquistada: la culpa es tuya, pues
esos ojos tuyos te han entregado a los míos.

Me anticipo, si piensas engañarme:
tu belleza es la que te ha tendido un lazo esta noche en la que
pacientemente tú debes ceder a mi voluntad; mi deseo te ha
elegido para mi deleite terrestre, el cual he tratado de
dominar con todas mis fuerzas; pero cuando los reproches de
la conciencia y la razón lo
dejaban muerto,
tu brillante belleza le daba nueva vida.

Veo los males que ha de acarrear mi empresa; sé qué
espinas defienden a la floreciente rosa; comprendo que la
miel está defendida por un aguijón; todo esto lo comprende
la prudencia:
pero el deseo es sordo y no escucha a los vigilantes
amigos;
sólo tiene ojos para admirar la hermosura
y se apasiona ante lo que contempla, contra la ley y el

deber.

Aún en mi alma he debatido
qué daño, qué vergüenza, qué dolor voy a engendrar; pero
nada puede controlar el curso de mi pasión ni para la furia
ciega de su arranque.
Sé que lágrimas de arrepentimiento seguirán a este acto,
reproches, desdenes y enemistad mortal;
sin embargo me empeño en abrazar mi infamia.»

Dicho esto, blande en alto su hoja romana
como un halcón cerniéndose en los aires
cubriendo a la abatida presa con la sombra de sus alas; su
corvo pico la amenaza de muerte si se remonta: así, bajo su
insultante espada yace
la inofensiva Lucrecia, oyendo lo que él dice
con tembloroso espanto, como las aves cuando oyen los
cascabeles del halcón.
«¡Lucrecia!» exclama, «Esta noche tengo que gozarte: si tú
te niegas, la fuerza me abrirá el camino, porque en tu lecho
me propongo destruirte,
realizado lo cual, quitaré la vida a cualquiera de tus
míseros esclavos
para matarte vida y honra al mismo tiempo; lo
colocaré en tus brazos inertes,
jurando que le di muerte viéndote abrazarle.

Así, tu sobreviviente marido quedará
objeto de mofa de todo ojo abierto;
tus deudos inclinarán la cabeza ante esta deshonra, tus
descendientes llevarán la mancha de una bastardía sin
nombre:
y tú, la autora de su deshonra,
tendrás tu delito citado en rimas
y cantado por los niños en los tiempos futuros.

Pero, si cedes, yo seguiré siendo tu amigo secreto: una falta
oculta es como un pensamiento sin realizar; un pequeño
daño para alcanzar un buen fin
es una política legal.

A veces la hierba venenosa se mezcla con un
compuesto puro, y así aplicada,
su veneno en su efecto se purifica.

Así, pues, por el bien de tu marido y de tus hijos,
acoge mi súplica: no legues a su dote
la vergüenza que de ellos nadie podrá borrar, la
mancilla que nunca será olvidada;
peor que la marca del esclavo o la señal de nacimiento: pues
las marcas que presentan los hombres en su
nacimiento
son faltas de la naturaleza, no de sus propias infamias.»

A este punto, con la mirada semejante a los ojos
mortíferos del basilisco,
se yergue y hace una pausa;
en tanto, ella, retrato de la pura piedad,
como una blanca corza bajo las agudas garras de un grifo,
implora en un desierto donde no existen las leyes a la
fiera brutal que no conoce el clemente derecho y a nada
obedece más que a su infame apetito.

Pero cuando una nube negra amenaza el mundo
ocultando bajo sus sombras opacas las altaneras
montañas,
de las oscuras entrañas de la tierra emerge una suave brisa
que desaloja de su residencia esos vapores tenebrosos e
impide,
dividiéndolos, su inminente caída;
así, su malvado apresuramiento retrasa sus palabras, y el
malhumorado Plutón parpadea mientras Orfeo toca.

No obstante, odioso gato rondador nocturno, no hace

sino entretenerse
con el débil ratón, todo jadeante, bajo el estrecho lazo de
su pata:
esa actitud desesperada alimenta su apetito de buitre sima
voraz que queda vacía aun en la abundancia; sus oídos
admiten sus plegarias, mas su corazón no
permite
acceso alguno a sus quejas:
las lágrimas endurecen la lujuria, si bien el mármol se
desgasta con la lluvia.

Los implorantes ojos de ella quedan tristemente fijos en los inflexibles pliegues del rostro de él;
su modesta elocuencia se mezcla con suspiros, lo cual añade mayor encanto a su oratoria. Frecuentemente coloca sus períodos fuera de lugar, y en medio de una frase su voz se interrumpe de modo que vuelve a empezar lo que quería decir.

Ella le conjura por el altísimo y poderoso Júpiter, por la caballería, por el linaje, por los juramentos de una dulce amistad,
por su inesperado llanto, por el amor de su esposo, por la santidad de las leyes humanas y la fe común, por el cielo y por la tierra, y por todo el poder de
ambos,
que se retire a su prestado lecho
y que ceda al honor, no a un apetito deshonroso.

Ella le dice: «No recompenses la hospitalidad
con un pago tan negro como el que te has propuesto; no embarres la fuente que te dio de beber;
no estropees aquello que no puede repararse; renuncia a tu maligno propósito antes de lanzar tu
flecha;
no es un cazador aquel que tiende su arco
para herir fuera de estación a una pobre gama.

Mi esposo es tu amigo, por su bien abstente de mí; tú
eres fuerte, por tu propio bien déjame:
yo soy un ser débil, no me tiendas ningún lazo; tu
rostro no muestra falsedad, no me defraudes.
Mis suspiros, como torbellinos, se esfuerzan por salir de
aquí:
si alguna vez un hombre se conmovió ante los lamentos de
una mujer,
déjate conmover por mis lágrimas, mis suspiros y mis
lamentos:

Todos juntos, como un turbulento océano,
baten tu corazón de roca, que te amenaza con el
naufragio,
para ablandarlo con su continuo movimiento; pues las
piedras dispersas se convierten en agua. ¡Oh, si no eres
más duro que una piedra,
fúndete ante mis lágrimas, y sé compasivo!
La dulce piedad traspasa una puerta de hierro.

Creyendo que eras Tarquino te hospedé:
¿Asumiste su forma para deshonrarlo?
A toda la corte celestial me quejo
de que dañas su honor, y de que hieres su principesco
nombre.
No eres lo que aparentas, y si eres el mismo,
no aparentas lo que eres, un dios, un rey;
pues los reyes, como los dioses, deben gobernar todas las
cosas.

¡Cuánto cundirá tu infamia en la vejez,
si ya tus vicios florecen antes de su primavera!
Si no siendo más que una esperanza, te atreves a
cometer semejante ultraje,
¿a qué no te atreverás una vez que **seas** rey?
¡Oh! recuerda, ninguna acción deshonrosa
cometida por vasallos puede borrarse;
así, las malas acciones de los reyes no pueden enterrarse.
Este acto te hará ser amado sólo por temor;
en cambio, los monarcas felices son siempre temidos por
amor:
tendrás que ser transigente con los más detestables
ofensores,
cuando prueben que eres culpable de la misma ofensa:
aunque sólo sea por temor a esto, te debes retirar; pues los
príncipes son el espejo, la escuela, el libro, donde los ojos
de los súbditos, aprenden, leen y se
contemplan.

¿Y tú serás la escuela donde se aprende la lujuria?
¿Permitirás que se lean en ti textos de semejante
infamia?
¿Serás el espejo que descubra
la autoridad del pecado, la garantía para la culpa, para
privilegiar al deshonor en tu nombre? Prefieres el
desprecio, en lugar de una inmortal
alabanza,
y haces de la honesta reputación sólo una alcahueta.

¿Tienes poder? En nombre del que te lo ha dado, comanda
con tu corazón puro a tu voluntad rebelde: no desenvaines
tu espada para proteger la iniquidad, pues te fue prestada
para exterminar tu descendencia.

¿Cómo habrás de cumplir tus principescos deberes, si
tomando tu falta como modelo el odioso pecado
podrá decir.
que él aprendió a pecar y que tú le enseñaste el camino?

Piensa solamente qué vil espectáculo sería
contemplar tu presente traspasado en otra persona. Las faltas
de los hombres raras veces se les muestran; ellos
parcialmente ahogan sus propias transgresiones: esta culpa
te parecería digna de muerte en tu hermano. ¡Oh, qué
envueltos de infamias
se encuentran los que desvían sus ojos de sus propias
infamias!

A ti, a ti, clamo con mis manos levantadas,
no a la seductora lujuria, tu temeraria confidente:
imploro el llamamiento de tu majestad desterrada;
déjala que regrese, y retira esos pensamientos
corrompidos:
su verdadero honor aprisionará el falso deseo,
y limpiando la espesa niebla de tus ojos extraviados, hará
que veas tu situación y te apiadas de la mía.»

«¡Termina!» exclama él; «mi incontrolable marea no
vuelve atrás, sino que sube más arriba por este
obstáculo.
Las luces débiles se apagan pronto, las enormes
hogueras persisten,
y con el viento se acrecienta su furia:
las pequeñas corrientes que pagan su deuda diaria
a su salado soberano, con el tributo de sus aguas dulces
aumentan su caudal, pero no alteran su sabor.»

«Tú eres», exclama ella, «un mar, un rey soberano; y mira, se
descargan en tus ondas sin límites
la negra lujuria, el deshonor, la vergüenza, el mal
gobierno,
que intentan manchar el océano de tu sangre.
Si estos insignificantes males cambian tu virtud,
tu mar va a encerrarse en una concavidad de lodo,
y no se disipará el lodo de tu mar.

Así, estos esclavos serán reyes, y tú su esclavo; tu
nobleza será rebajada, su bajeza dignificada; tú
serás su brillante vida, y ellos, tu afrentosa
tumba:
tú embarrado en su vergüenza, ellos en tu orgullo: las
cosas insignificantes no deben ocultar a las
magnificentes;
el cedro no se comba al pie del infeliz arbusto,
sino, más bien, los humildes arbustos se secan junto a las
raíces del cedro.

Así, deja que tus pensamientos, vasallos sumisos de tu
poder...»
«¡No más!» exclama él, «por el cielo no te escucharé:
cede a mi amor; si no, el odio brutal,
sustituyendo el recatado contacto de la pasión,
rudamente te desgarrará:
hecho esto, maliciosamente pienso llevarte
al humilde lecho de algún miserable lacayo,
para hacerlo tu compañero en este vergonzoso destino.»

Dicho esto, pone su pie sobre la antorcha, pues la
luz y la lujuria son enemigas mortales: el crimen
envuelto en la ciega noche,
es tanto mas tiránico cuando es menos visible.
El lobo ha atrapado su presa, la pobre cordera grita, hasta que
con su propio vellón blanco su voz se apaga, sepultando sus
gritos, en el dulce pliegue de sus labios:

Con la blanca sábana de noche que la cubre
él trata de ahogar sus piadosos lamentos,
refrescando su ardiente rostro en las más castas lágrimas que
fueron jamás vertidas por tan púdicos ojos,
agobiados por el dolor.
¡Oh, que la rabiosa lujuria manche un lecho tan puro! Si
los sollozos pudieran limpiar las manchas,
Lucrecia dejaría caer sus lágrimas en ellas
perpetuamente.

Pero ella ha perdido una cosa más valiosa que la vida, y él
ha ganado lo que quisiera perder ahora;
esta forzada alianza, engendra una nueva lucha; este
momentáneo placer engendra meses de dolor; este
ardiente deseo se convierte en frío desdén: la pura
castidad ha sido despojada de su tesoro,
y la lujuria, la ladrona, queda mucho más pobre que
antes.

Mirad, como el saciado galgo, o el hartado halcón,
que incapaces ya para sutiles aromas y para el ágil vuelo,
persiguen lentamente o dejan escapar del todo la presa que por
instinto constituye su deleite, la misma es la actitud del
saciado Tarquino esta noche: su manjar delicioso se agría en la
digestión, devora su deseo que vivía por torpe voracidad.

¡Oh, crimen profundo que no puede concebir un
pensamiento sin fondo
que se sumerge en el apacible ensueño!

El borracho deseo debe vomitar lo que ha ingerid6,
antes de considerar su propia abominación.
Mientras la arrogante lujuria impera, ninguna
exclamación
puede dominar su ardor, ni reprimir su temerario deseo, hasta
que la propia obstinación se desgaste y caiga como un
rocín.

Y entonces, con lacias, flacas y descoloridas mejillas, con
los ojos pesados, arrugado el ceño, y el paso débil, el
extenuado deseo, todo encogido, pobre y humilde,
semejante a un insolvente mendigo, se lamenta de su
estado:
mientras la carne se siente orgullosa, el deseo lucha con la
virtud
pues entonces se rebela, pero cuando decae
el rebelde culpable suplica por el perdón.

He aquí lo que sucede a este culpable noble romano que
tan ardorosamente perseguía la ejecución de su
objetivo,
porque ahora pronuncia contra sí mismo esta sentencia: que
a lo largo de todos los tiempos se halla deshonrado; además,
el soberbio templo de su alma está profanado, y sobre sus
débiles ruinas se congregan legiones de
inquietudes
que preguntan cómo se siente esta mancillada princesa.

Ella responde que sus súbditos con una odiosa
insurrección
han derribado su sacrosanta muralla,
y por su mortal falta reducido a servidumbre su
inmortalidad, haciéndola esclava
de una muerte viviente y de una pena perpetua;
a aquéllos, con su presencia los había controlado
siempre,
pero su prevención no pudo anticipar la voluntad de ello;

Con estos pensamientos se desliza a través de la oscura
noche,
cautivo vencedor que ha perdido en la ganancia,
arrastrando la herida que nada curará,
la cicatriz que pese a toda cura permanecerá,
dejando a su víctima entregada a un inmenso dolor. Ella
soporta el peso de la lujuria que él dejó a sus espaldas y él la
carga de un alma culpable.

El, como un perro ladrón, abandona tristemente la
estancia;
ella, como una fatigada oveja yace allí palpitante; él
refunfuña y se aborrece por su pecado;
ella desesperada se desgarra la carne con las uñas; él
huye despavorido sudando con un miedo culpable; ella
se queda maldiciendo esta noche horrorosa;
él corre y reprocha su aborrecido y desvanecido deleite.

El parte de allí como un culposo penitente;
ella queda náufraga sin consuelo;
él en su prisa anhela la luz de la mañana;
ella ruega no ver jamás el día,
«Porque el día», ella dice, «descubre las faltas de la
noche,
y mis ojos sinceros no han aprendido nunca cómo
encubrir las afrentas con una astuta mirada.

Ellos creen que los demás ojos no podrán ver sino la
misma desgracia que ellos mismos contemplan; por
eso querrían permanecer por siempre en las

tinieblas
para mantener su secreto pecado oculto,
porque con sus lloros revelarán su ultraje,
y, como el agua corroe el acero, grabarán
sobre mis mejillas la irremediable vergüenza que siento.»

Así clama ella contra el reposo y el sueño,
y condena sus ojos a una eterna ceguera.
Despierta a su corazón golpeándose el pecho,
y le manda salir fuera, donde pueda encontrar
algún seno más puro, que pueda encerrar un alma tan pura.
Frenética de dolor, exhala así su dolor
contra la invisible discreción de la noche:

«¡Oh noche, asesina de la felicidad, imagen del
infierno!
¡Sombrío protocolo y notario de la vergüenza!
¡Negro escenario de tragedias y de horribles asesinatos!
¡Vasto caos encubridor de crímenes, nodriza de culpas
vergonzosas!
¡Ciega y velada alcahueta! ¡Oscuro albergue de la
infamia!
¡Horrible socavón de muerte! ¡Cuchicheante
conspiradora,
con la tradición de lengua muda y con el raptor!

¡Oh noche odiosa, vaporosa y brumosa!
Ya que tú eres culpable de mi incurable crimen,
reúne tus tinieblas para salir al encuentro de la luz de
oriente
y haz la guerra contra el curso ordenado del tiempo; y si
permites que el sol trepe
hasta su acostumbrada altura antes de que salga,
téjele ponzoñosas nubes alrededor de su dorada cabeza.

Con una pútrida humedad corrompe el aire matinal,
deja que sus desagradables exhalaciones hagan enfermar la
pureza viviente, el supremo sol,
antes que arribe a su cansada cúspide meridiana; y
deja tus brumosos vapores marchar tan espesos que en
sus filas brumosas se ahogue su luz y se ponga el sol a
mediodía y ocasione una noche
perpetua.

Si Tarquino fuese la Noche en lugar de ser sólo hijo de la
Noche,
mancharía a la reina de resplandores;
sus centelleantes doncellas, también por él violadas, no
osarían mostrarse sobre el seno tenebroso de la Noche:
así, yo tendría copartícipes en mi dolor;
un compañero en el dolor mitiga el dolor,
como las pláticas de los peregrinos hacen más breve su
peregrinación.

Mientras que ahora no tengo a nadie que se sonroje
conmigo,
que cruce los brazos e incline conmigo la cabeza,
que se cubra la cara y oculte la vergüenza; sino que
yo sola debo sentarme a padecer, sazonando la tierra
con salados llantos de plata, mezclando mi hablar
con lágrimas, mi dolor con
sollozos,
pobres monumentos sepulcrales de una lamentación
eterna.

¡Oh noche, horno de odiosos y espesos vapores,
no dejes que el celoso día contemple esta cara
que bajo tu negro manto que todo lo cubre
oculta las marcas con que el impudor la ha desfigurado!
¡Conserva firme la posesión de tu sombrío poder, para que
todas las faltas cometidas en tu sombrío
reinado
puedan quedar igualmente sepultadas en tu sombra!

¡No me hagas objeto de las revelaciones del Día!
La luz mostrará grabada en mi frente
la historia de la dulce castidad derrotada,
la ruptura impía de los juramentos sagrados del
matrimonio:
sí, el iletrado que no sabe cómo
descifrar lo que está escrito en libros de aprendizaje,
descubrirá mi asquerosa violación en mis miradas.

La nodriza, para aplacar a su niño, le contará mi historia y
amedrentará a su lloroso nene con el nombre de Tarquino;
el orador, para ataviar su oratoria,
asociará mi oprobio a la infamia de Tarquino;
en las fiestas, los juglares, entonando mi infortunio,
cautivarán al auditorio al decir línea por línea
cómo Tarquino me ultrajó, y yo a Colatino.

Deja que mi buen nombre, esa impalpable reputación,
quede sin mancha por el amor de mi amado Colatino: si
mi honor se convierte en tema de disputa,
la podredumbre alcanzará las ramas de otro tronco y un
inmerecido reproche le será asignado a él, que es tan
inocente de esta culpa mía
como pura era yo antes para Colatino.
¡Oh, oculta vergüenza! ¡Invisible desgracia!
¡Oh, llaga que no se siente! ¡Ultraje del penacho, íntima
cicatriz!
La vergüenza está impresa en la frente de Colatino y
los ojos de Tarquino podrán leer desde lejos
cómo fue herido en la paz, y no en la guerra.
¡Ay, cuántos soportan semejantes vergonzosos golpes
que no ellos mismos, sino quienes los han dado los
conocen!

Si tu honor, Colatino, radica en mí,
de mí por violento asalto ha sido arrebatado.
Mi miel está perdida, y yo, abeja holgazana,
nada conservo de mi panal del verano
robado y saqueado por injuriante hurto:
en tu frágil colmena se ha introducido una avispa
vagabunda
y ha consumido la miel que tu casta abeja conservaba.

Aún así, soy culpable del naufragio de tu honor;
sin embargo, en tu honor agasajé a Tarquino;
viniendo de tu parte, no podía despedirle, pues
hubiera sido un deshonor el desdeñarlo: además, se
quejaba de cansancio,
y hablaba de virtud: ¡Oh, maldad imprevista,
cuando la virtud es profanada por un demonio
semejante!

¿Por qué debería el gusano introducirse en el capullo
virginal?
¿O los odiosos cuclillos incubar en los nidos de los
gorriones?
¿O los sapos envenenar con fango las limpias fuentes? ¿O
la demencia tiránica alojarse en pechos nobles?
¿O por qué son los reyes violadores de sus
propios decretos?
Pero ninguna perfección es tan absoluta

para que no se contamine de alguna impureza.

El anciano que encierra en un cofre su oro
está plagado de calambres, gota y crueles dolores,
y escasamente tiene ojos para contemplar su tesoro,
pero, semejante a Tántalo, siempre desfallecido
permanece
e inútil granero es la cosecha de su avidez,
no teniendo otro goce de su ganancia
que el tormento de saber que ésta no puede curar sus
males.

Así pues, posee la riquezas cuando de nada le sirven, y
las deja en propiedad de sus hijos,
los cuales en su orgullo abusan de ellas inmediatamente su padre era demasiado débil y ellos demasiado fuertes para guardar largo tiempo su maldita y bendita fortuna. Las dulzuras que hemos deseado se convierten en
detestables acideces
desde el momento en que las llamamos nuestras.

Impetuosas ráfagas acompañan a la tierna primavera; hierbas dañinas mezclan sus raíces con hermosas flores; la víbora silba donde los dulces pájaros cantan; lo que la virtud engendra, la iniquidad devora: no poseemos bienes que podamos llamar nuestros, pues la fatal oportunidad
destruye su vida o altera sus cualidades.

¡Oportunidad! ¡Oh! ¡Enorme es tu culpa!
Tú eres la que ejecuta la traición del traidor;
tú guías al lobo adonde puede atrapar al cordero;
a quien planea el atentado tú le señalas el momento; tú eres la que maltrata al derecho, a la ley, a la razón; y en tu sombría celda donde nadie puede descubrirlo se esconde el pecado para atrapar a las almas que se le
avecinan.

Tú a la vestal haces violar su juramento;
tú avivas el fuego cuando la temperatura es justa;
ahogas la honradez, asesinas la verdad;
¡Indigna provocadora! ¡Conocida alcahueta!
Tú siembras el escándalo y destrozas la alabanza:
¡Corruptora, traidora, ladrona desleal,
tu miel se vuelve hiel, tu alegría dolor!

Tus secretos placeres se transforman en abierta
vergüenza,
tus festines privados en ayuno público,
tus lisonjeros títulos en un despreciable nombre, tu azucarada lengua en amargo sabor de ajenjo: tus vanidades violentas nunca pueden persistir. ¿Cómo es pues, vil Oportunidad,
que, siendo tan nociva, tanta gente te busca?

¿Cuándo serás amiga del humilde suplicante y lo
llevarás donde pueda obtener lo que pide? ¿Cuándo
fijarás una hora para terminar grandes
penurias?
¿O para libertar el alma de la miseria que la ha
encadenado?
¿Cuándo darás medicina al enfermo, alivio al dolorido? El pobre, el impedido, el ciego, se tambalean, se arrastran, claman por tu ayuda
pero ellos nunca se encuentran con la Oportunidad.
El paciente muere mientras el médico duerme;
el huérfano desfallece mientras el opresor se alimenta; la justicia está de fiesta mientras llora la viuda;
la prudencia se divierte mientras la infección se propaga; no concedes tu tiempo a caritativos actos:
la cólera, la envidia, la traición, el rapto y el furor

asesino,
escoltan siempre como pajes tuyos tus atroces horas.

Cuando la verdad y la virtud necesitan de ti,
mil dificultades las separan de tu apoyo:
compran tu ayuda, pero el pecado no da jamás una paga;
llega gratis, y tú te muestras tan complaciente en oírle y
en concederle lo que pide.
Mi Colatino hubiera podido venir a mí
al mismo tiempo que Tarquino, pero fue retenido por ti.

Eres culpable de asesinato y robo,
culpable de perjurio y soborno,
culpable de traición, falsedad e impostura, culpable de
esa abominación llamada incesto; y cómplice, por tu
propia inclinación,
de todos los crímenes pasados y de los venideros desde la
creación hasta el juicio final.

Tiempo deforme, compinche de la horrible Noche, ágil y sutil
correo, mensajero del espantoso cuidado, devorador de la
juventud, falso esclavo del falso deleite, infame guardián de los
dolores, caballo de carga del
pecado, trampa de la virtud,
que proteges lo que es y matas lo que existe:
¡Oh, escúchame pues, Tiempo injurioso y desleal!
Sé culpable de mi muerte, ya que lo eres de mi crimen.

¿Por qué, Oportunidad sierva,
has traicionado las horas que me cediste para el descanso,
has destrozado mi felicidad y me has encadenado a una
flecha eterna de un dolor perpetuo?
La obligación del Tiempo es aniquilar el odio de los
enemigos,
destruir los errores engendrados por la opinión, y no gastar
la dote de un legítimo lecho.

La gloria del Tiempo es calmar las contiendas entre los reyes,
desenmascarar la falsedad y hacer relucir la verdad,
estampar el sello del tiempo en las cosas viejas, velar
durante el día y hacer de centinela durante la
noche,
maltratar al injusto hasta que vuelva al derecho,
aniquilar los magnificentes edificios con tus horas y
manchar de polvo sus brillantes torres doradas; llenar
majestuosos monumentos de agujeros
carcomidos,
alimentar al olvido con la decadencia de las cosas,
emborronar antiguos textos y alterar su contenido,
arrancar plumas a las alas de los viejos cuervos, secar la
savia de los viejos robles y nutrir sus brotes, deteriorar las
antigüedades de hierro forjado
y hacer girar la caprichosa rueda veloz de la Fortuna;

mostrar a la abuela las hijas de su hija,
hacer del niño un hombre, del hombre un niño,
matar al tigre que vive de la matanza,
domar al unicornio y al salvaje león,
burlar al astuto y convertirlo en engañado, alegrar al
labrador con una cosecha abundante,
y destruir enormes piedras con pequeñas gotas de agua.
¿Por qué causas el mal en tu peregrinaje,
si no puedes volver atrás a repararlo?
El retroceso de un solo minuto en un siglo
te conseguiría miles y miles de amigos,
otorgando sensatez a los que prestan a malos deudores: ¡Oh,
si pudieras volver atrás una hora de esta terrible noche,
yo podría prevenir esta tormenta y evitar el naufragio!

Tú, lacayo inmortal de al eternidad,
con algún percance detén a Tarquino en su fuga;
inventa más allá del extremo posible

algo que le haga maldecir esta noche maldita y
criminal:
deja que espectros terribles espanten sus ojos impúdicos y que el cruel pensamiento de su vil acción transforme cada arbusto en un horrible demonio
informe.

Turba sus horas de descanso con inquietantes angustias, aflígele en su lecho con postrados gemidos;
abrúmale con accidentes lamentables
que le hagan gemir, pero no te apiades de sus gemidos: lapídalo con corazones endurecidos, más duros que las piedras,
y deja que las tiernas mujeres pierdan con él su ternura y sean con él más salvajes que los tigres en su selva.

Dale tiempo para que se arranque sus rizados cabellos, dale tiempo para encolerizarse consigo mismo, dale tiempo para que desespere del alivio del tiempo, dale tiempo para que viva una asquerosa esclavitud, dale tiempo para implorar las sobras de un mendigo,
y tiempo para que vea a un hombre que vive de
limosnas
negarle con desdén los mendrugos que desdeña.

Dale tiempo para que vea a sus amigos transformados en sus
enemigos,
y a los alegres locos mofarse de él a su paso;
dale tiempo para que note cuán lentamente pasa el tiempo en los tiempos de dolor, y cuán ágiles y cortos
fueron sus tiempos de locura y sus tiempos de placer; y para que siempre su incalificable crimen
tenga tiempo de lamentar el abuso de su tiempo.

¡Oh, Tiempo, tutor tanto de lo bueno como de lo malo,
enséñame a maldecir al que enseñaste este crimen! ¡Deja que ante su misma sombra el ladrón enloquezca, y él mismo busque cada hora el suicidio! Manos tan miserables deberían verter sangre tan
miserable;
porque ¿quién es tan infame que desee el cargo de ser el denigrante verdugo de tan vil esclavo?

El miserable es él, que descendiendo de un rey,
mancha sus esperanzas con actos degenerados:
cuanto más poderoso es el hombre, más poder contiene aquello que
conquista su veneración o su odio.
El escándalo es tanto mayor cuanto más alto el estado.
Cuando la luna está cubierta de nubes enseguida se pierde de vista,
pero las pequeñas estrellas pueden ocultarse cuando les
parece.
El cuervo puede bañar sus negras alas en el fango, y desapercibido volar con el lodo;
pero si el cisne de blancura de nieve deseara lo mismo, la mancha quedaría sobre su plumón de plata. Los pobres criados son como la ciega noche, los reyes
como el glorioso día:
por doquiera que vuelen los mosquitos no son
advertidos,
pero todos los ojos se fijan en las águilas.

¡Fuera palabras inútiles, servidoras de los tontos de
cerebros huecos!
¡Sones infructuosos, débiles árbitros!
Ocupad vuestro tiempo, en las escuelas donde se entabla un
asalto de contiendas;
discutid donde estúpidos argumentadores se divierten; a los atemorizados clientes servid de mediadoras:
a mí este argumento no me preocupa más que una paja,

pues mi caso está fuera del apoyo de la ley.

En vano insulto a la Oportunidad,
al Tiempo, a Tarquino, a la lúgubre Noche;
en vano armo pleitos con mi infamia,
en vano rechazo mi confirmada desgracia:
este inútil humo de palabras no me hace ningún bien, el único
remedio que puede mejorarme
es dejar de fluir fuera mi sangre odiosamente
corrompida.

Pobre mano, ¿por qué te estremeces ante este decreto? Hónrate
en librarme de esta vergüenza;
pues, si muero, mi orgullo vivirá en ti,
pero si vivo vivirás en mi difamación:
puesto que no pudiste defender a tu leal señora,
y temiste desgarrar a su criminal enemigo, mátate
y mátala por haber cedido así.»

Dicho esto, salta del lecho donde está tendida, para buscar
cualquier desesperado instrumento de muerte:
pero su casa, que no es un albergue criminal, no ofrece
herramienta
para abrir más largo paso a su respiración, que,
esfumándose por sus labios, se desvanece como el humo
del Etna que se consume en el aire, o como el que se
escapa de un cañón cargado.

«En vano» exclama, «vivo, y en vano busco
algún medio feliz para concluir una vida desventurada; temía
que me matara el cuchillo de Tarquino,
sin embargo, para el mismo propósito busco un puñal; pero
cuando tenía miedo era una esposa fiel:
lo soy aún ahora: oh, no puede ser,
Tarquino me ha despojado de este noble estado.
¡Oh, está perdido lo que me hacía vivir;
por lo tanto, ahora no necesito tener miedo de morir!
¡Limpiando esta mancha con la muerte, doy al menos un
galón de honor a mi librea de vergüenza,
una vida muriente a una viviente infamia;
pobre irremediable ayuda: el tesoro, después de robado,
quema la inocente alcancía que lo encerraba!

Bien, bien, querido Colatino, no conocerás el
gusto corrompido de la violada fidelidad; no
dañaré tu verdadero afecto de esta forma, no
puedo dañarte con un juramento quebrado;
el injerto bastardo no alcanzará nunca desarrollo:
el que contaminó tu raíz no dirá ostentoso
que eres el tierno padre de su fruto.

No se sonreirá de ti en su secreto pensamiento, ni se
reirá de tu situación con sus camaradas; porque debes
saber que tu bien no fue vendido bajamente por oro,
sino arrancado por la violencia
fuera de su propia puerta.
En cuanto a mí, soy la dueña de mi destino, y
mi pecado nunca se podrá eximir
hasta que la vida pague a la muerte el precio de mi
ofensa forzada.

No te envenenaré con mi infamia,
no cubriré mi falta con excusas diestramente forjadas; no
pintaré el negro terreno de mi pecado
para ocultar la verdad de los ultrajes de esta pérfida
noche:
mi lengua lo dirá todo, mis ojos semejantes a esclusas,
parecidos a las fuentes que bajan de la montaña a
fertilizar un valle,
dejarán correr puras corrientes para purificar mi impuro

relato.»

Con esto, Filomena concluye su lamentación,
el armonioso gorjeo de su dolor nocturno,
y solemne la noche descendía con paso lento y triste hacia el fiero infierno; cuando, ¡mirad! la sonrosada aurora
presta su luz a todos los ojos bellos que han de tomarla a préstamo;
pero la sombría Lucrecia se avergüenza de mirarse a sí misma,
por lo cual quisiera seguir enclaustrada en la noche.

El día revelador espía a través de toda hendidura, y parece
señalarla en el sitio donde sentada llora; en medio de sus
sollozos murmura: «Oh, ojo de los ojos,
¿por qué espías a través de mi ventana? Cesa tu espionaje:
molesta con tu cosquilleante fulgor los ojos de quienes están dormidos;
no marques mi frente con tu penetrante claridad,
pues nada tiene que ver el día con lo que pasa de noche.»

Así disputa con todas las cosas que ve:
el verdadero dolor es antojadizo y quisquilloso, como un niño
que, una vez encaprichado, no se conforma con nada; los viejos dolores, no los recientes, se soportan con pasividad,
el transcurso del tiempo mitiga los primeros, los otros, impetuosos,
como un nadador principiante que se zambulle siempre, se
ahogan por exceso de esfuerzos y falta de habilidad.

Del mismo modo, Lucrecia, sumergida profundamente en un mar de cuidado,
emprende una disputa con cada cosa que observa, y todo
dolor lo compara con el suyo;
no hay objeto que no renueve la fuerza de su ira; cuando uno desaparece, otro inmediatamente lo reemplaza:
a veces su dolor es mudo y no halla palabras,
a veces frenético y aporta excesivos discursos.

Los pajarillos que entonan su alegría matinal
exasperan sus lamentos con su dulce melodía,
pues el regocijo hiere a fondo un alma torturada;
los espíritus tristes son destrozados en alegre compañía; al
dolor no le place verdaderamente sino la compañía del dolor:
el verdadero pesar halla alimento que le agrada
cuando simpatiza con un dolor semejante.

Es una muerte doble ahogarse divisando una playa; diez veces ayuda aquel que ayuna con el alimento a la vista;
ver el bálsamo hace sentir más dolorosa la herida; una gran pena sufre más en presencia de aquello que podría aliviarla;
los profundos dolores corren como apacible corriente,
pero, si encuentran obstáculo, rebasan sus riberas; las
desgracias exaltadas no reconocen ni límite ni ley.

«Pájaros burlones» exclama, «sepultad vuestros trinos en
la grupa palpitante de vuestros plumados pechos, y para
mis oídos permaneced sordos y mudos;
mi angustia sin tregua no desea pausas ni intervalos; una
anfitriona en lágrimas no soporta alegres invitados; deleitad
con vuestras ligeras notas los oídos que las disfruten;
la aflicción prefiere la melancolía que forma acorde con las lágrimas.

Ven, Filomena, tú que cantas de vilación,

construye tu triste bosquecillo con mi cabellera
desgreñada;
tal como la húmeda tierra solloza ante tu abatimiento, así, ante
cada triste acorde verteré una lágrima
y sostendré el diapasón con mis profundos gemidos;
a manera de acompañamiento canturrearé siempre el nombre
de Tarquino,
mientras tú con tu maestría modularás el de Tereo.

Y mientras apoyada en una espina ejecutas tu parte para
mantener vivos tus agudos tormentos, yo, desventurada
para imitarte bien, contra mi corazón
fijaré un agudo puñal para espantar mis ojos; si
pestañean, caerán y morirán.
Estos medios, como trastes de un instrumento, afinarán
las cuerdas de nuestros corazones para el verdadero
dolor.

Y tú, pobre pájaro, ya que no trinas durante el día como
temeroso de que otros ojos te contemplen, encontraremos
algún desierto, tenebroso y profundo,
apartado de la ruta,
que no conoce el ardiente calor ni el frío glacial,
encontraremos, y allí enseñaremos
a las bestias feroces tonadas tristes para que cambien su
naturaleza:
ya que los hombres se transforman en bestias, deja que las
bestias lleven un alma noble.»

Como el pobre venado que, asustado, contempla
salvajemente buscando por qué camino debe escapar,
o como quien desorientado en una enmarañada espesura no
puede hallar directamente su camino,
así Lucrecia consigo misma sostiene un debate, acerca
de si es mejor vivir o morir,
cuando la vida es vergonzosa y la muerte es deudora del
oprobio.

«¿Matarme» dice «ay, qué sería esto
sino contaminar con mi cuerpo mi pobre alma? Aquellos
que pierden la mitad de sus bienes con mayor paciencia
soportan,
mientras aquellos que lo pierden todo son tragados por la
confusión.
Actúa con inhumano proceder aquella madre que, teniendo
dos bellos bebés, cuando la muerte le arrebata uno
quisiera matar al otro y no ser nodriza de ninguno.

¿Cuál me era más querido, mi cuerpo o mi alma,
cuando el uno era puro y la otra divinizada? ¿El
amor de cuál de ellos yo sentía más cerca cuando
guardaba ambos para el cielo y Colatino?
¡Ay de mí! Cuando se arranca la corteza al majestuoso
pino,
sus hojas se marchitan y se destruye su savia;
lo mismo habrá de hacer mi alma al haberle sido
arrancada su corteza.

Su casa ha sido saqueada, su inquietud interrumpida, su
mansión abatida por el enemigo;
su sagrado templo manchado, saqueado, profanado,
desvergonzadamente envuelto por la audaz infamia; que
no se diga, pues, que es impío
si en esta denigrada fortaleza hago algún agujero a
través del cual deje escapar a esta atormentada
alma.

Sin embargo, no moriré hasta que mi Colatino haya
escuchado la causa de mi imprevista muerte, para que,
en esta triste hora mía, pueda jurar venganza del que

me hizo detener mi aliento.
Legaré a Tarquino mi sangre impura,
la cual, por él corrompida, será vertida por él,
y como deuda escribiré el legado de mi testamento.

Mi honor lo legaré al puñal
que hiera mi tan deshonrado cuerpo;
es honroso poner fin a una vida deshonrosa;
el primero sobrevivirá y quedará muerta la otra: así, de las
cenizas de la vergüenza se engendrará mi
fama;
porque, con mi muerte, mataré el menosprecio de la vergüenza,
y muerta mi vergüenza, renacerá mi honor.

Querido señor, de la valiosa joya que he perdido ¿qué
parte te legaré?
Mi resolución, amor, será tu ostentación
por cuyo ejemplo debes ejecutar tu venganza. Aprende de
mí cómo ha de ser tratado Tarquino.
Yo, tu amiga, voy a matar en mí misma a tu enemiga, y, por mí,
trata de la misma manera al pérfido
Tarquino.

Este breve resumen hago de mi voluntad:
mi alma y mi cuerpo a los cielos y a la tierra; mi
resolución tómala tú, esposo mío;
que mi honor sea el puñal que produzca mi herida; mi
vergüenza sea de aquel que enturbió mi fama, y todo lo que
viva de mi gloria, sea distribuido
entre aquellos que viven y no se avergüenzan de mí.

Tú, Colatino, cuidarás que se cumpla esta voluntad; ¡y verás
cómo fui entregada por sorpresa!
Mi sangre lavará la calumnia de mi desgracia;
miradas audazmente severas,
los rostros de las pobres mujeres son los libros de sus
propias faltas.

Ningún hombre se rebele contra la flor marchita, sino
reprenda al crudo invierno que ha maltratado la flor;
lo que devora, no lo devorado,
merece ser culpado; ¡oh! nadie acuse
las faltas de las infelices mujeres que son manchadas por los
abusos de los hombres, esos orgullosos señores culpables
que hacen de las débiles mujeres vasallas de su
vergüenza.

Un precedente es el caso de Lucrecia,
asaltada de noche por las violentas amenazas
de una inmediata muerte, y de la vergüenza que
acarrearía
su muerte en daño a su esposo;
tales peligros podía crear su resistencia,
de donde un miedo mortal se extendió por todo su
cuerpo,
y ¿quién no puede abusar de un cuerpo muerto?

A este punto, la benigna paciencia hace hablar a la
hermosa Lucrecia
que se dirige a la humilde imitadora de su dolor: «Hija
mía» exclama, «¿en ocasión de qué,
viertes esas lágrimas que caen en lluvia sobre tus
mejillas?
Si sollozas por el dolor que me incumbe,
sabe, gentil doncella, que eso beneficiará poco mi
descontento,
pues si las lágrimas pudieran ayudar, ya las mías me
hubieran hecho bien.

Pero dime, muchacha, ¿cuándo partió» y, aquí

deteniéndose
lanza un profundo quejido, «de aquí Tarquino?»
«Señora, antes de estar yo levantada» la criada responde; «mi perezosa negligencia es por demás reprensible, sin embargo, puedo disculpar esta falta
diciendo que me levanté antes del amanecer,
y, antes que me levantara, Tarquino había partido.

Pero, señora, si permitís a vuestra criada ser tan audaz, os pediría saber acerca de vuestra pesadumbre.» «¡Oh! calla» exclama Lucrecia, «si la revelara, la repetición no la disminuiría porque es más grande de lo que puedo expresar;
y esa profunda tortura puede llamarse un infierno cuando se siente más de lo que se tiene la fuerza de
narrar.

Ve y tráeme aquí papel, tinta y pluma:
pero, ahórrate ese trabajo porque aquí los tengo;
¿qué quería decir? A uno de los hombres de mi marido ordena que se disponga inmediatamente a llevar una carta a mi señor,
a mi amor, a mi querido; ordénale que la lleve con prontitud:
la causa requiere prisa, y estará pronto escrita.»

Su doncella ha partido y ella se prepara a escribir, al principio dudando, con la pluma sobre el papel; el amor propio y el dolor riñen un fiero combate;
lo que la razón traza es rápidamente borrado por la
reflexión:
esto es demasiado primoroso, esto otro crudo y brutal; similares a una muchedumbre ante una puerta de salida, sus pensamientos se aglomeran para saber quién saldrá
primero.

Por fin, comienza así: «Digno señor
de esta indigna esposa que te saluda:
¡que la salud sea contigo! Concédeme el favor,
amor mío, si quieres ver aún a tu Lucrecia,
de ponerte velozmente en camino para venir a
visitarme.
Así, pues, a ti me encomiendo desde nuestra casa en
duelo;
mis dolores son penosos, aunque sean breves mis
palabras.»

A este punto, dobla el mensaje de su dolor,
incierta expresión de su verdadero dolor;
por este corto resumen Colatino conocerá
su pena, pero no el verdadero alcance de ésta.
Ella no se ha atrevido a hacer revelaciones
para que él no se persuada de que la responsabilidad de esta
grave falta le incumbe,
antes que ella manche con sangre la disculpa de su
mancha.

Además, la vida y la energía de su desesperación
ella acumula a fin de gastarlas cuando él esté a su lado
para escucharlas;
cuando los suspiros, los sollozos y las lágrimas puedan
agraciar la figura
de su desgracia, y así limpiarla mejor
de las sospechas que el mundo pueda abrigar sobre ella; para
evitar un borrón, no ha querido emborronar la
carta
con palabras, hasta que la acción no les dé mejor sentido.

Ver personalmente tristes escenas conmueve más que oír
sólo un relato,
pues así el ojo interpreta al oído
la pesadumbre que ha observado.
Cuando cada sentido se hace responsable de cada parte de

la desgracia,
con el oído solo escuchamos tan sólo una parte del dolor:
menos ruido hacen los hondos vados que las aguas bajas, y el
dolor que una tempestad de palabras levanta encuentra siempre
un reflujo.

Su carta está ahora sellada, y sobre ella escribe: «Para mi
señor, con la mayor urgencia, Ardea».
El mensajero se presenta y ella le entrega la misiva
ordenando al taciturno mozo que se apresure tanto
como las aves tardías antes de las tempestades del norte; una
rapidez que es más que rapidez no le parece sino
lenta y rezagada:
las situaciones extremas suscitan siempre semejantes extremos.

El rústico sirviente se inclina ante ella con cortesía
y, ruborizándose, con los ojos fijos, recibe el
pergamino sin decir ni sí ni no,
y se aleja a toda prisa con la timidez de la inocencia; pero
aquellos cuyo pecho oculta una culpa imaginan que cada ojo
advierte su falta:
por esto Lucrecia pensó que el esclavo se ha ruborizado
al ver su deshonor.

Cuando, ¡cándido siervo!, Dios lo sabe, se turba por falta de
ánimo, entereza y audacia temeraria; semejantes inofensivas
criaturas tienen un verdadero
respeto
que habla por sus actos, mientras otros,
descaradamente,
prometen mayor rapidez, pero la cumplen a su antojo. Modelo
característico del buen tiempo viejo,
este criado se contrataba por sus honestas miradas, pero no
dejaba en prenda palabra alguna.

Su enardecido sentido del deber enciende su
desconfianza,
lo que hace que dos rojos fuegos iluminen los rostros de
ambos;
ella pensó que él se ruborizaba porque conocía la lujuria de
Tarquino;
y, enrojeciendo con él, ansiosamente lo observó y
su honesta mirada lo confundió más aún.
Cuando más veía afluir la sangre a sus mejillas,
tanto más sospechaba que advertía en ella alguna falta.

Largo tiempo queda Lucrecia esperando su retorno, y,
sin embargo, el leal vasallo acaba de alejarse. El tiempo,
de fatigosa lentitud, no sabe cómo
entretener,
pues ya ha agotado sus lágrimas, sollozos y suspiros. El
dolor ha consumido al dolor, los gemidos cansado a
gemidos.
Así, aplaca un poco sus querellas
buscando medios para desolarse de alguna forma nueva.

Finalmente, le viene a la memoria un lugar donde
cuelga un cuadro

de diestro pincel, que representa la Troya de Príamo:
frente a ella, el poder de Grecia,
venido a destruir la ciudad por el rapto de Helena,
amenaza con enojo a la altiva Ilión;
el fantasioso pintor había representado la ciudad tan
arrogante
que parecía como si el cielo se inclinara a besar sus
torres.

A mil dolientes objetos
el arte, desdeñando la naturaleza, había dado inerte vida: más
de una gota seca parecía llorada lágrima,

vertida por la esposa sobre el esposo asesinado;
la sangre roja humeaba, mostrando los afanes del pintor y ojos
moribundos daban sus luces cenicientas
como moribundos carbones quemados en noches
monótonas.

Hubierais podido ver allí al labrados tempranero bañado
en sudor y todo cubierto de polvo
y en las torres de Troya aparecer
vivos ojos de hombres asomados a las troneras que
contemplaban a los griegos con escaso deseo. Tan gentil
aplicación había en esta obra
que podía verse, a pesar de la lejanía, la tristeza de aquellos
ojos.

En los grandes caudillos, porte y majestuosidad
podríais ver, triunfantes en sus rostros;
en los jóvenes, ágiles gestos y destreza
mientras aquí y allí el pintor inserta
pálidos cobardes marchando con paso tembloroso. A
campesinos pusilánimes tanto se asemejan que se juraría
verlos estremecerse y temblar.
En Ajax y Ulises ¡oh!, cuánta exactitud
de rasgos y carácter podía apreciarse.
Los rostros de ambos contenían la expresión de ambos
corazones;
sus rostros revelaban a la perfección sus modos de ser: en los
ojos de Ajax reinaban la ira brutal y el rigor pero la suave
mirada del astuto Ulises
mostraba profunda observación y tranquilo dominio de sí
mismo.

Hubierais podido contemplar, arengando, al grave Néstor
que incitaba a los griegos al combate
con tan sobrios gestos de la mano
que concentraba la atención y encantaba la vista.
Al hablar, parecía que su barba, de un blanco plateado,
se movía de arriba abajo, mientras de sus labios escapaba un
aliento tenue como la brisa, que subía en espiral
hasta el cielo.

En torno suyo se agolpaban rostros boquiabiertos que
parecían devorar su sensato consejo.
Escuchaban todos pero con variados gestos,
como si alguna sirena sus oídos encantara.
Altos algunos, bajos otros, el pintor tan hábil había sido que
las cabezas de muchos, casi ocultas,
parecían dispuestas a saltar más alto, para burlar al
espectador.

Aquí la mano de un hombre descansaba sobre la cabeza de
otro,
en sombras su nariz por causa de la oreja del vecino;
aquí otro, apretujado, retrocede, abotagado y rojo; otro,
casi ahogado, parece expresar ira y jurar
y en sus cóleras muestran tales signos de cólera que,
si no temiera perder las doradas palabras de
Néstor,
se dijera que con airadas espadas se trenzarían en
combate.

Pues mucho trabajo de imaginación aquí había;
concepción ilusoria tan completa y grata
que para dar idea de Aquiles bastaba su lanza empuñada
por una mano armada. Al fondo, él permanecía invisible,
salvo para los ojos de la mente: una mano, un pie, un
rostro, una pierna, una cabeza se daban para que el
espectador imaginara un todo.

Y en las murallas de Troya fuertemente sitiada, cuando

su valiente esperanza, el arrojado Héctor, se dirige al campo
aparecen muchas madres troyanas compartiendo la dicha
de ver sus jóvenes hijos blandir las brillantes armas; y a sus esperanzas agregan una extraña actitud
que, a través de sus claras alegrías, se dijera aparece, como las manchas en objetos brillantes, una especie de
miedo opresor.

Y desde las costas de Dardania, donde se lucha,
hasta las rojizas riberas del Simois, corría la roja sangre cuyas olas buscaban imitar la batalla
mediante ondulantes elevaciones; sus filas comenzaban a llegar a la carcomida orilla; y entonces
de nuevo se retiraban hasta encontrar más fuertes filas para juntarse a ellas y volcar sus espumas en las costas del Simois.

Ante esta buena pintura llega Lucrecia
para buscar un rostro en que toda desdicha se encuentre. Muchos ve en los que algunas penas se hallan
pero ninguno que albergue toda la desolación y todo el dolor,
hasta que, casi por abandonar, ve a Hécuba
mirando con sus viejos ojos las heridas de Príamo que
yace sangrante bajo el orgulloso pie de Pirro.

En ella el pintor ha disecado
la ruina del tiempo, el naufragio de la belleza y el dominio
de la dura zozobra.
Sus mejillas, de surcos y arrugas se visten;
de cuanto era, ningún parecido queda ya:
su sangre azul, al negro ha virado en cada vena privada de la primavera que esos resecos canales había nutrido;
así mostraba la vida presa en un cuerpo muerto.

Sobre esta triste sombra Lucrecia despliega su mirada y adecua su pesar a los dolores de la vieja reina que nada quiere responderle. Sólo llora
y, con palabras amargas, maldice a sus crueles enemigos. El pintor no era un dios para darle el habla y en consecuencia Lucrecia jura que la ha traicionado pues tanta aflicción le ha dado y no una lengua.

«Pobre instrumento» dice «que no suena
tu dolor templaré con mi quejosa lengua
y regaré con dulce bálsamo la pintada herida de Príamo e insultaré a Pirro que te ha hecho mal
y con mis lágrimas sofocaré el fuego de Troya que arde
hace tanto tiempo
y con mi cuchillo arrancaré los airados ojos
de todos los griegos que son tus enemigos.

Muéstrame la prostituta que ha originado esta guerra para que, con mis uñas, su belleza pueda yo desgarrar. Tu ardiente deseo, imprudente Paris, ocasionó esta carga de ira que la incendiada Troya muestra: tus ojos provocaron el fuego que aquí quemó
y aquí en Troya, por culpa de tus ojos,
padres, hijos, madres e hijas mueren.

¿Por qué el placer particular de uno solo
se transforma en general calamidad de tantos? Que
el pecado de uno caiga tan sólo
sobre la cabeza del infractor;
que las almas sin culpa se vean libres del dolor culpable. Por el crimen de uno ¿por qué tantos han de perecer sufriendo todos por un pecado individual?

Mira, aquí Hécuba llora, aquí Príamo muere,
aquí se desvanece el varonil Héctor, aquí se desmaya
Troilo,

aquí, juntos, los amigos yacen en sangrientos charcos y un
amigo a otro inflige insensatas heridas
y el deseo lujurioso de un hombre todas estas vidas destruye.
Si el tierno Príamo hubiese ahogado el deseo de su hijo Troya
con fama hubiese brillado y no con fuego.»

Aquí, emocionadamente, llora Lucrecia las pintadas
desdichas de Troya
porque el pesar, como pesada campana,
cuando ha comenzado a sonar, por su propio peso
continúa:
una pequeña fuerza desata el fúnebre tañido.

Así Lucrecia, ya inflamada, tristes cuentos narraba a las
melancolías dibujadas y a las penas coloreadas; palabras les
presta y actitudes les pide en préstamo.

Sus ojos recorren todo el cuadro
y se lamenta por cuantos halla en el desamparo. Por fin
ve una infeliz imagen encadenada
que compasivas miradas presta a unos pastores frigios. Su
rostro, aunque lleno de preocupaciones, muestra alegría;
hacia Troya, con los rústicos pastores, va
tan dócil, que su paciencia parece despreciar sus dolores.

En él el pintor, con su habilidad buscó
esconder la simulación y darle inofensivo aspecto: modesto
además, mirada tranquila, ojos dolientes frente despejada que
parece dar la bienvenida al dolor, mejillas ni rojas ni pálidas,
sino de tal modo rosadas que el ruboroso rojo no insinuaba
culpa
ni el pálido ceniciento el temor que albergan los
corazones falsos.

Por el contrario, como demonio constante y acabado, hacía
gala de un aspecto tan honesto
y tan bien ocultaba bajo él su secreta maldad, que
los celos mismos no hubieran desconfiado
que el ingenio solapado y el perjurio pudieran arrojar en
un día tan radiante una tormenta tan oscura
o manchar con pecado infernal un paisaje tan celestial.

El hábil artesano esa imagen dulce trazó
para representar a Simón el perjuro, cuyo encantador
relato
al viejo y crédulo Príamo perdería más tarde
y cuyas palabras, como salvaje fuego, quemarían la
brillante gloria
de la suntuosa Ilión, con lo cual los cielos se afligirían y las
estrellitas saldrían de sus inmóviles puestos al romperse el
espejo que reflejaba sus caras.

Con cuidado contempló ella el cuadro
y culpó al pintor por su punzante sabiduría
diciendo que algo en la imagen de Sinón está
equivocado:
tan hermosa forma no puede alojar tan malvada mente y de
nuevo lo contempló; y al contemplarlo más pronto advirtió en
su blanco semblante tales signos de
honradez
que la llevan a concluir que la pintura miente.

«No puede ser» exclama «que tanta falsía...»
Habría dicho: «Aceche en tal mirada».
Pero la imagen de Tarquino le vino a la mente
entretanto
y en su mente «aceche» se precede de un «no»:
aquel «no puede ser» entonces deja a un lado
y cambia la frase así: «No puede ser, me parece, de otro
modo: tal rostro esconde efectivamente un

espíritu perverso.

Pues tan finamente como aquí se ha pintado a Sinón, tan digno
en su dolor, tan abrumado y sumiso, como desfalleciente de
pesar o de faena,
a mí Tarquino llegó, engañándome
con exterior honradez, pero carcomido
por un secreto vicio. Como Príamo apreció a Sinón aprecié
yo a Tarquino; y así sucumbió mi Troya.

¡Mirad, mirad, cómo a Príamo, atento escucha, se le
humedecen los ojos
al ver las mentirosas lágrimas que Sinón derrama! Príamo,
¿cómo siendo viejo no eres aún sensato? Por cada lágrima
suya un troyano sangra;
sus ojos fuego vierten; agua de ellos no sale.
Esas perlas suyas, redondas y claras, que tu piedad despiertan,
globos son de inextinguible fuego para quemar tu ciudad.

Tales demonios roban artilugios del infierno sin luz pues
Sinón, en su fuego, tiembla de frío y en ese helado fuego
hirviente se alberga. Esa contradicción como unidad aparece
sólo para seducir a los necios y tomarlos audaces.
Así las falsas lágrimas de Sinón atraen la confianza de
Príamo
y éste encuentra medios para quemar con agua la Troya de
Príamo.»

Aquí, llena de cólera, se ve asaltada por tal pasión que la
paciencia abandona, vencida, su pecho.
Desgarra al despiadado Sinón con sus uñas
haciendo de cuenta que es aquel malhadado huésped cuya
acción le ha hecho detestarse a sí misma.

Por fin, sonriendo, depone su actitud.
«Necia, necia» dice «las heridas que le has causado no le
harán sufrir.»

Así mengua y crece la corriente de su pesar
y el tiempo gasta al tiempo con sus quejas.
Busca la noche para anhelar luego la mañana
y juzga que ambas demasiado se atardan en su ánimo.

Un breve lapso de tiempo parece largo cuando ha de
sustentar una gran desolación.
Aunque el dolor es pesado, rara vez duerme
y quienes velan ven cuán lento se arrastra el tiempo.

Durante todo este rato había distraído su pensamiento
mirando las pintadas imágenes.
Había olvidado el sentimiento de su propio dolor
imaginando hondamente las desgracias ajenas,
distrayendo sus penas ante el espectáculo doloroso.
Personas hay que se alivian, aunque no sanen, al
pensar que otros han sufrido antes su desdicha.

Pero ya vuelve el diligente mensajero.
Trae al hogar a su señor y a otros.
El esposo encuentra a su Lucrecia vestida de negro luto y en
torno a sus ojos devastados por el llanto azules círculos se
despliegan, como arco iris en el cielo. Estos ríos de hiel en
el apagado cauce
presagian nuevas tormentas, que han de agregarse a las
ya pasadas.

Cuando eso vio el esposo entristecido,
intrigado, el triste rostro de ella escruta:
los ojos, aunque sumergidos en lágrimas, miraban rojos y
duros;
y vivaz color estaba muerto por las horrendas

preocupaciones;
no tiene él fuerzas para preguntarle cómo se siente; ambos estaban de pie y enfrentados como viejos amigos que, estupefactos
se han encontrado lejos de sus casas y se interrogan sobre la suerte de cada uno.

Por fin le toma él la mano exangüe
y así comienza: «¿ Qué grosero y desgraciado evento sobre ti ha recaído, que así permaneces temblorosa? Dulce amor ¿qué dolor ha borrado tu bello color? ¿Por qué has sido llevada a la desgracia?
Desvela, amada, esta triste pesadumbre
y cuenta tu amargura, para que podamos remediarla.»

Tres veces, con suspiros, da ella a su pena señal de disparar
antes de conseguir la descarga de una sola palabra colorosa.
Al fin, urgida para que conteste al deseo de su esposo,
modestamente se prepara a dar a conocer
que su honor está prisionero de su enemigo
mientras Colatino y los señores que le acompañan
con triste atención anhelan oír sus palabras.

Y ahora este pálido cisne en su acuoso nido
comienza el canto fúnebre de su inequívoco fin: «Pocas palabras» dice «convendrán mejor al crimen que ninguna excusa puede reparar.
En mí, más dolores que palabras pesan ahora y mis quejas irían demasiado lejos
si narrara todas ellas con una pobre y cansada lengua.

Sea pues esto todo lo que debe decirse:
amado esposo, en los dominios de tu lecho
un extraño penetró y en esa almohada yació mientras tu estabas inhibido de descansar en ella tu fatigada cabeza;
y el resto del mal que puede imaginar
por sucia fuerza me fue impuesto.
Desde entonces tu Lucrecia, ay, ya no es libre.

Porque en el horrible silencio de la oscura medianoche,
armado de brillante espada, en mi habitación entró y quedamente me dijo: «Despierta, señora, romana, y sirve a mi amor; de otro modo, duradera venganza a ti y a los tuyos infligiré esta noche
si en verdad contrarías mi deseo de amor».

«A cualquier sirviente favorito que puedas tener», dijo, «si no pliegas tu voluntad a mi deseo,
asesinaré al instante y luego a ti te mataré
y juraré que os he encontrado mientras cumplías
el repugnante acto de la lujuria y en consecuencia maté a los fornicadores en pleno acto. Esta acción mía edificará
mi renombre *y* tu perpetuo deshonor.»

A esto comencé a sobresaltarme y gritar
y entonces ante mi corazón puso su espada jurando
que, a menos sorteara todo con paciencia, no viviría
para decir otra palabra,
de modo que mi vergüenza quedaría documentada y
nunca se olvidaría en la poderosa Roma
la adúltera muerte de Lucrecia y su favorito.

Mi enemigo era fuerte y yo, pobre de mí, débil y
más débil aún debido a mi fuerte terror.
Mi sangriento juez prohibió a mi lengua hablar:
ninguna honesta súplica hubiese podido suplicar

justicia;
su arrebatado deseo llegó a jurar
que mi pobre belleza había robado sus ojos
y cuando al juez se roba, el prisionero muere.

¡Oh, enseñadme a urdir mi propia disculpa! O, al
menos a encontrar un refugio
para pensar que, aunque mi grosera sangre mancillada está por
su violencia
inmaculada y sin mancha está mi alma. Mi alma
no fue violada; no se plegó
a pecadores condescendencias y sigue pura; en su
envenenado encierro, aún vive.»

¡Mirad al desesperanzado mercante que se ha perdido! con la
cabeza gacha y la voz ahogada por el dolor, con la mirada triste
y los desolados brazos en cruz, de labios ahora tan pálidos
como la cera empieza a
brotar
el dolor que atarda su respuesta.
Pero en el naufragio en vano lucha aún:
lo que exhala su aliento, vuelve su aliento a aspirar.

Como al pasar bajo los arcos de un puente la riada violenta
y rugiente
escapa al ojo que contempla su rapidez
pero en el remolino se encrespa con orgullo,
se vuelve contra el cauce que la obliga a correr
y furiosamente impulsada hacia delante, vuelve furiosa hacia
atrás,
así los suspiros y pesares de Colatino se transforman en sierra
que empuja al rencor hacia delante y hacia atrás, por el rencor
movida.

Muda de dolor advierte ella el dolor de su mísero esposo
y su tardío frenesí ahora despertado:
«Amado señor, tu tormento a mi tormento presta
nuevo vigor; ningún diluvio ha sido por lluvias
amainado;
mi dolor se torna insoportable ante tu exasperación; más
doloroso aún. Que baste
para ahogar un dolor un par de llorosos ojos.

Y por mí, por aquella que tanto llegó a enamorarte, por
la que fue tu Lucrecia, escúchame;
véngate enseguida de mi enemigo;
el tuyo, el mío, el suyo propio: piensa que me defiendes de
lo que ya ha pasado, puesto que el auxilio que me
otorgarás
demasiado tarde llega, aunque muera el traidor; sin
embargo, la justicia remisa nutre la iniquidad.»

«Pero, antes de revelar su nombre, nobles señores» dice
ella,
dirigiéndose a aquellos que acompañaban a Colatino,
«juraréis ante mí vuestras honorables promesas
de perseguir con presteza la venganza por el deshonor
que se me ha causado.
Suprimir la injusticia con armas vengadoras,
pues meritorio y bello designio es.
Los caballeros, bajo juramento, han de reparar las
ofensas hechas a las pobres damas.»

Ante esta solicitud, con noble ánimo,
cada señor presente comenzó a prometer la ayuda
impuesta por las leyes de la caballería
anhelando oír el nombre del odioso enemigo.
Pero ella, que no ha dicho aún toda su triste historia, la
protesta detiene. «¡Oh, decidme!» exclama. «¿Cuánta de
esta suciedad que se me impuso podréis

limpiar?
¿De qué especie es mi delito
si obligada fui en terribles circunstancias?
¿Puede mi alma pura de la sucia acción absolverse? ¿Puede
mi rebajado honor enaltecerse?
¿Hay cláusulas que perdonen mi acto?
La fuente envenenada por sí misma se aclara, entonces ¿por
qué yo no podría hacerlo, lavando esta impuesta mancha?»

A esto, todos a la vez comenzaron a decir
que las manchas de su cuerpo, su limpia alma borra; y ella,
con sonrisa triste, desvía
su rostro, estampa que profundas huellas lleva del duro
infortunio, grabadas con lágrimas.
«No, no» dice «no habrá dama que en el futuro viva que use
mis excusas para dar excusas.»

Y entonces, suspirando como si su corazón fuera a
quebrarse,
profiere el nombre de Tarquino: «El, él» dice;
pero su pobre lengua no llegó más lejos de aquel «él» hasta
que, tras muchos tropiezos y dilaciones, entrecortados
suspiros y esfuerzos cortos y dolorosos exclama: «El, él,
nobles señores, él fue
quien guió a esta mano a infligirme esta herida.»

Y así diciendo, envainó en su pecho inocente
un dañoso cuchillo que a su vez desenvainó a su alma.
El tajo libera a ésta de la profunda zozobra reinante
en la sucia prisión en que vivía. Sus contritos
suspiros a las nubes llevan
su espíritu alado y a través de sus heridas escapa el último
instante vital de un destino concluido.
Petrificados, pasmados ante tan horrible acto quedaron
Colatino y todo su señorial séquito
hasta que el padre de Lucrecia, que la veía sangrar,
se arrojó sobre el cuerpo de la que a sí misma se había
asesinado
y de la purpúrea fuente extrajo Bruto
el mortal cuchillo que, al dejar su lugar,
se ve perseguido por la sangre, impotente vengadora.

Y surgiendo a borbotones de su pecho, la sangre se
separa
en dos lentas corrientes que, carmesíes,
encierran su cuerpo en un círculo
semejante a una isla recién saqueada que se extiende,
desnuda y despoblada, en medio de horrenda inundación.
Parte de su sangre aún pura y roja permanecía
y parte de ella, la que Tarquino mancillara, tornóse
negra.

Sobre la fúnebre y helada cara
de esa negra sangre hay un halo acuoso
que parece llorar sobre el espacio manchado
y desde entonces, como llorando por las desdichas de
Lucrecia,
la sangre putrefacta signos acuosos muestra y la
sangre limpia permanece roja
como si se ruborizara ante la que se ha descompuesto.

«Hija, querida hija» exclama el viejo Lucrecio «la
vida que has matado mía era.
Si en los hijos la imagen de su padre está
¿cómo viviré yo, ahora que no vive Lucrecia?
No emanaste de mi fuente para alcanzar este final.

Si los hijos mueren antes que sus progenitores
nosotros somos sus retoños y no los nuestros.

Pobre espejo quebrado, a menudo he contemplado en tu
dulce semblante mi vieja edad renacida;
pero ahora este grato y joven espejo, empañado y viejo, me
muestra una descarnada muerte que el tiempo ha
gastado.
¡Oh, de tus mejillas has arrancado mi imagen y
deshecho toda la belleza de mi espejo
para que no pueda ya ver lo que una vez he sido!

¡Oh, tiempo, detiene tu curso y no dures ya
puesto que dejan de ser quienes debían sobrevivir! ¿Debe la
maldita muerte conquistar a los más fuertes dejando con vida
a las almas débiles y vacilantes?
Las viejas abejas mueren y las jóvenes se adueñan de sus
colmenas.
¡Vive, pues, dulce Lucrecia; vive de nuevo y contempla morir
a tu padre y no tu padre a ti!»

Por entonces despierta Colatino como de un sueño y
pidiendo a Lucrecio que le deje el lugar del dolor, sobre el
frío manantial de la sangre de Lucrecia cae, trocando en su
cara el pálido terror.
Muerto parece junto a ella por cierto tiempo hasta que
el varonil pudor le ordena dominarse y vivir para
vengar la muerte de ella.

La honda turbación de su alma
ha impuesto un mudo freno a su lengua
la cual, enloquecida porque el dolor la controla impidiendo a
Colatino desahogarse hasta entonces con palabras,
comienza a hablar; pero en los labios se agolpan
frágiles palabras; tal es el pensar que viene en auxilio de su pobre
corazón
que nadie podría comprender lo que dice.

Sin embargo a veces «Tarquino» pronuncia claramente,
aunque entre dientes, como si el nombre arrancara. Esta
tempestad ventosa, hasta estallar en lluvia
retiene la marea de su pesar; pero sólo para aumentarla: al fin
llueve y los laboriosos vientos amainan:
hijo y padre lloran con mismo ardor
a cual más, por la hija y la esposa.

Uno la llama suya y suya el otro
aunque ninguno pueda poseer lo que reclama. El
padre dice «Es mía». «¡Oh, mía es!» replica el
esposo, «no me arrebates
la propiedad de mi pena; que ningún doliente diga
que por ella llora, pues mía sólo era
y sólo por Colatino ha de ser llorada.»

«¡Oh!» dice Lucrecio «yo fui quien engendró esta vida que
ella demasiado pronto y demasiado tarde derramó.» «Dolor,
dolor» dice Colatino «era mi esposa;
mía era y mía la vida que ella se quitó.»
«Mi hija» y «mi esposa» en un clamor llenaban
el aire disperso que, dueño de la vida de Lucrecia,
contestaba en ecos sus exclamaciones «mi hija» y «mi
esposa».

Bruto, quien del costado de Lucrecia arrancó el cuchillo, al
ver tal rivalidad en sus dolores,
comenzó a revestir su espíritu de dignidad y orgullo,
sepultando en la herida de Lucrecia su necedad sólo
aparente.
El por los romanos era tan estimado
como los bufones deformes lo son por los reyes, que
aprecian las palabras divertidas y las tontas
ocurrencias.
Pero ahora deja a un lado *ese* hábito intrascendente bajo

el cual ha cobijado una sabiduría profunda
y usa sensatamente su talento, tanto tiempo escondido para
contener las lágrimas en los ojos de Colatino. «Tú, ultrajado
señor de Roma» dice «levántate: deja a este frívolo, a quien se
supone tonto,
llevar a la escuela tu experimentado talento.

Colatino: ¿cura el dolor al dolor?
¿Auxilian las heridas a las heridas o la aflicción auxilia hechos
afligentes?
¿Es venganza golpearse a sí mismo
por el acto infame de Tarquino, causante de que tu bella esposa se
desangre?
Actitud tan infantil sólo cabe en voluntades débiles. Tu
desgraciada esposa confundió las cosas:
se mató a sí misma, no a su enemigo.

Valiente romano, no ahogues tu corazón
en este suave rocío de lamentos;
arrodíllate conmigo y toma tu parte
en la tarea de despertar a nuestros dioses romanos con
invocaciones,
de modo que vean estas abominaciones.
Puesto que Roma con ellas se deshonra
desterrémoslas de nuestras calles con nuestros fuertes brazos.

¡Ahora, por el Capitolio que adoramos
y por esta casta sangre tan injustamente derramada; por el
bello sol del cielo que nutre las reservas de la rica tierra;
por todos nuestros derechos nacionales, en Roma
observados
y por el alma de la casta Lucrecia que ha poco nos
lloraba
sus desdichas; y por este ensangrentado cuchillo,
vengaremos la muerte de esta fiel esposa!»

Dicho esto, con su mano se golpeó el pecho
y besó el fatal cuchillo para consagrar su juramento y a
su proclama urge que se unan los demás, quienes,
admirados ante él, aprueban sus palabras. Luego, todos
en el suelo las rodillas hincan
y aquel hondo juramento que Bruto antes profirió de
nuevo lo pronuncia y todos con él juran.

Cuando todos juraron esta compartida sentencia
resolvieron sacar de allí a la querida Lucrecia para
mostrar su sangrante cuerpo a toda Roma y
proclamar así la sucia afrenta de Tarquino, lo cual,
hecho con rápida diligencia,
hizo que los romanos entre aplausos castigasen a
Tarquino con el exilio perpetuo.